

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 14 Enero de 1893

Núm. 33

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



ROQUE BARCIA

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — SILUETAS MODERNAS: Roque Barcia, por EDUARDO ZAMORA CABALLERO. — Últimas abjuraciones (poesía), por RAMÓN DE CAMPOAMOR. — Antonchu y Marichu, por TEODORO BARÓ. — Nuestros grabados. — Cuentecillos, por MELITÓN GONZÁLEZ (ilustraciones del mismo). — Mesa revuelta. — Recreos instructivos. — Advertencias.

Grabados. — Roque Barcia. — La Virgen y el Niño Jesús, cuadro de JUAN LLIMONA.



Crónica

ALABÁBANSE los políticos que hoy forman el ministerio Gladstone, en Inglaterra, que con su advenimiento al poder quedaría apaciguada la cuestión de Irlanda. Saben bien nuestros lectores la agitación que este asunto ha producido en todo el Reino Unido, y cuán empeñados se hallan la mayoría de los irlandeses en conquistar para su país la mayor autonomía posible, y hasta una cierta independencia, formando federación con los demás Estados de la Gran Bretaña. Negar en absoluto á Irlanda fundamento en sus quejas sería notoria injusticia, mas de esto á admitir los procedimientos que la *Liga nacional* ha excusado, si no defendido abiertamente, para conseguir sus deseos, media grandísima distancia. Los excesos y los crímenes del *boycotting* trajeron consigo la represión que en Irlanda ejerció el gobierno anterior de lord Salisbury y del que fué principal ejecutor el intrépido Mr. Balfour. Creyó Mr. Gladstone, conforme hemos dicho, que al entrar en el poder el partido liberal todo sería paz y concordia entre Inglaterra é Irlanda; mas, por lo que acaba de suceder, esta paz se va haciendo ilusoria. Quéjense los irlandeses en general, y sobre todo los separatistas caracterizados, de que el gabinete inglés se muestre tibio en conceder el indulto á personas condenadas por delitos de los llamados agrarios, y aun cuando recientemente haya puesto en libertad á cuatro individuos condenados por homicidio de un agente de policía que llevaba un mandamiento de expulsión contra un colono, esto no les ha satisfecho lo bastante, antes quieren que la gracia alcance á algunos dinamiteros. Ante las hazañas de éstos en algunos países, que tienen soliviantada la opinión contra ellos, el gobierno inglés se ha hecho el sordo á las expresadas reclamaciones. Sea por esto, sea por enemiga de algún extremado separatista contra Mr. Morley, secretario por Irlanda, según se le denomina en el gabinete británico, es lo cierto que la víspera de Navidad se produjo una explosión en Dublin, en la oficina central de policía y en lugar próximo al Castillo de la citada ciudad, residencia oficial del ministro secretario. Víctima fué de la explosión un desdichado agente, mas los autores no lograron sus propósitos, que sin duda se dirigían contra la persona misma de Mr. Morley. La explosión de la bomba, que fué terrible, rompió los vidrios de la biblioteca en la

habitación del secretario, pero no causó mayores daños. Los dinamiteros, ó no pudieron colocar la infernal máquina más cerca del Castillo, ó creyeron que sus efectos destructores alcanzarían á él aun en el sitio en que la dejaron. ¿Qué va á hacer ahora el ministerio inglés? No es probable que se muestre débil hasta el punto de conceder lo que piden los separatistas respecto de los fenianos condenados por los tribunales. Quizás apresure la presentación del proyecto de *Home Rule*, de cuyo contenido no se tiene todavía exacta noticia, si bien se cree que no dejará satisfechos á los partidarios calurosos de la autonomía irlandesa. Entretanto Mr. Gladstone, que, como es sabido, ha traspasado los ochenta años, ha ido á buscar algún reparo á sus fuerzas en el sol y en el clima relativamente benigno, para un habitante de Londres, que reina en las playas de Biarritz.

La Cámara francesa ha rechazado el proyecto de tratado con Suiza, por no querer hacer rebaja en la tarifa mínima. De esto se ha deducido en seguida, lógicamente, que España nada tiene que esperar de la nación vecina, y que iba á continuar el régimen sustentado por M. Meline y los suyos. Los que lo aprovechan todo para hacer la oposición á un gobierno, cuando no pertenece á su agrupación política, sostenían durante el ministerio Cánovas que á las escasas ó ningunas simpatías que el partido conservador tenía en Francia era debido que no se llegase á una inteligencia económica. Añadían los mismos que esto sostenían que todo cambiaría de aspecto con la subida al poder del partido liberal ó fusionista. Y hete ahí que el señor Sagasta y sus amigos son llamados al Consejo de la Corona y que nos encontramos en la misma, mismísima situación de antes con la República de allende los Pirineos, y acaso todavía en peores condiciones, después de haber sido rechazado el proyecto de tratado con Suiza. Los periódicos más adictos al actual ministerio español manifiestan ya que después de la votación de la Cámara francesa hay que renunciar á toda esperanza de que se muestre más benigna con nosotros. ¿Quién, pues, tenía la culpa de que no pudiese llegarse á un concierto económico con Francia? La mayoría de su Cámara, ni más ni menos, agrícola, ultraproteccionista y empeñada en cerrar el paso de la frontera á nuestros vinos, al intento de favorecer la producción vinícola del Mediodía de su nación.

Aunque algo calmada de momento la agitación producida en Francia por el asunto del Panamá, á causa de hallarse suspendidas las sesiones de las Cámaras, no deja de dar juego por esto aquella malhadada cuestión, siendo el tema de estos días la causa del fallecimiento del barón de Reinach. Sobre el particular reina aún la oscuridad más completa. El cadáver fué exhumado; el célebre Brouardel y otros médicos lo han examinado, inspeccionando sobre todo sus vísceras; mas á la hora en que escribimos estas líneas no han emitido dictamen. Díjose primero, según rumor público, que el barón había muerto envenenado, y se venía á indicar que no se había suicidado sino que se le había propinado el tóxico. Más tarde refirieron periódicos noticieros, que Brouardel había manifestado que no había descubierto en las vísceras señales de veneno metálico, pero que le faltaba practicar los experimentos necesarios para asegurar si había tragado ó no el difunto

algún veneno vegetal. Posteriormente todo esto ha sido desmentido, porque Brouardel ha asegurado que no podía emitir todavía opinión fundada, si bien parecía indicarse que no se inclinaba á creer en un envenenamiento. Este acto, pues, del Panamá no ha terminado, y aún puede dar origen á escenas que apasionen á la multitud, á la que mantiene en constante excitación una parte de la prensa parisiense.

* * *

Malas nuevas nos llegan otra vez de la América Meridional. Por lo visto sus habitantes no han querido que transcurriese en paz el año memorable del Cuarto Centenario. La República Argentina es presa otra vez de la guerra civil, cuando empezaban á reanimarse sus negocios y se abrigan esperanzas de que podría mejorarse su situación financiera. La provincia de Corrientes alzó pendón contra el gobierno federal, y los insurrectos, que al principio eran pocos, fueron engrosando, y llegaron á derrotar á las tropas argentinas enviadas para reprimir la insurrección. Anuncióse, por telegramas que publicó la prensa americana y europea, que el señor Marco Avellaneda había sido nombrado por el gobierno árbitro federal para dirimir las diferencias que existen entre aquél y los insurrectos de Corrientes. En este punto se hallan las cosas, ó mejor las noticias, si bien se teme que el señor Marco Avellaneda no habrá podido llevar á cabo su misión pacificadora. Hay que acoger siempre con reserva los telegramas que vienen del Sur de América, puesto que todos aquellos gobiernos ejercen el derecho de censura en la correspondencia telegráfica y únicamente dan curso á las noticias que les son favorables. Por otro lado, las que proceden del otro lado de los Andes reflejan muchas veces, no la verdad exacta, sino los deseos de los insurrectos, y por consiguiente son optimistas respecto de éstos.

* * *

La fabricación del pan ha preocupado al alcalde y vecinos de Madrid, y la enfermedad de la glosopeda, en el ganado vacuno, á las autoridades y pueblo de Barcelona. Los panaderos madrileños no querían hacer pan, del llamado francés, sujetándose á peso fijo, pretensión que el alcalde no quiso admitir fundadamente. Por fin se llegó á una avenencia, y hubo pan de todas clases y para todos los paladares. Más serio se presentó el asunto de la glosopeda, por contenderse acerca de si podía ser ó no perjudicial el uso de las carnes de reses atacadas de la enfermedad expresada. La Junta provincial de Sanidad opinó que eran dañosas, y por consecuencia las dos autoridades provincial y local dictaron disposiciones para que se ejerciera rigurosa vigilancia en los mataderos, al objeto de que no se consintiese la venta de carnes procedentes de reses enfermas. El asunto de las carnes merece ser estudiado seriamente. Hace tiempo que los mercados de Barcelona están mal abastecidos en este concepto, pues es de ínfima calidad la carne que en ellos se expende, además de tenerla que pagar muy cara los consumidores.

B.

Siluetas modernas

ROQUE BARCIA



DURANTE el período de la Revolución, que ya vamos dando al olvido aunque realmente está muy próximo, no pasaba una semana sin que los vendedores ambulantes de papeles impresos atronasen los oídos de los habitantes de Madrid pregonando periódicos ú hojas sueltas, y añadiendo después del título, á guisa de reclamo: *escrito y firmado por Roque Barcia*.

Este nombre era, en efecto, un aliciente.

Al oírlo echaban mano al bolsillo en busca de los *dos cuartos*, no sólo los revolucionarios más avanzados, sobre todo de la clase proletaria, que esperaban ver halagadas sus pasiones, sino muchos zumbones de la mesocracia, ávidos de reír las extravagancias del popular escritor, y algunos literatos que, prescindiendo del fondo, buscaban la animación pintoresca de la frase, los giros atrevidos, la concisión del estilo, que unas veces daba en chavacano y rayaba otras en elegante, y la pureza del lenguaje, casi siempre castizo.

Ninguno quedaba defraudado. Don Roque satisfacía por igual á literatos, zumbones y revolucionarios, que encontraban en sus escritos bellezas, extravagancias y doctrinas disolventes.

No cumple á mi propósito juzgar al hombre político, que fué una calamidad por su influencia perniciosa. Ni la índole de LA VELADA lo consiente, ni el trabajo tendría ya oportunidad, que es la primera de las cualidades que se exigen á estos escritos. Pero como no se puede negar que don Roque fué en sus tiempos una verdadera notabilidad político-literaria, en mi deseo de dar á estos artículos toda la variedad posible, me ha parecido que su originalísima figura no haría mal papel en esta galería.

Le conocía á fondo, porque le traté bastante y con alguna intimidad, á pesar de la diferencia de edades. Él era mucho más viejo que yo, dicho sea sin ofensa. La casualidad nos hizo encontrarnos, y aunque siempre fuí un reaccionario de tomo y lomo, sobre todo para él, ultrademócrata de los más radicales, me tomó gran afecto, al que correspondí sinceramente. Reía mis opiniones, que tomaba por paradojas de muchacho, ganoso quizás de mostrar ingenio defendiéndolas, y me daba en materia literaria muchos y buenos consejos. Siguiéron nuestras relaciones hasta que ya su actitud política las hizo imposibles, y entonces fueron enfriándose poco á poco y llegaron á extinguirse, sin que en mí se enfriaran, ni menos se extinguieran, los sentimientos, mezcla de afecto, de conmiseración y de respeto, que me inspiró siempre tan curioso personaje.

Antes de pasar adelante debo decir que aquel furioso demagogo que alcanzó tan triste renombre, que llegó á ministro en el cantón de Cartagena y tuvo parte tan principal en las desgracias de la patria, era un infeliz, lo que se llama un pobre diablo, incapaz de matar un mosquito, ni de causar el menor daño á sabiendas. Su pluma le ganó influencia; sus amigos le dieron asiento en las Cortes cuando quizás necesitaba asilo en una casa de orates; su exaltación de sectario convencido le llevó á Cartagena,

donde contrajo tremendas responsabilidades; su hombría de bien le hizo pasar los últimos años de su vida solo, triste y abatido, derramando lágrimas estériles sobre el pasado, y sin acabar de persuadirse de que los males que lamentaba, y á que tanto había contribuído, eran consecuencia natural de sus doctrinas, y no producto de los hombres que quisieron aplicarlas. Don Roque, que amaba apasionadamente á los niños, fué toda su vida un niño grande. Con la impavidez de una criatura arrimaba la mecha encendida á un reguero de pólvora, y luego se asombraba de que la pólvora se inflamase y maldecía sus estragos con acentos elocuentes. Cuando el general Contreras, jefe militar de los cantonalistas, hizo por el Mediterráneo una expedición que figura con justicia en los anales de la piratería, bombardeando las ciudades de la costa de Levante, Barcia supo que en Alicante había muerto un niño, abandonó sus funciones de gobierno, quiso huir de Cartagena y fué preso por los que el día antes eran sus amigos, y entonces por traidor querían fusilarle. Cuando logró salir del calabozo en que estuvo ahorrado, oyendo sin cesar las amenazas de muerte que al pie de sus ventanas proferían los energúmenos de la demagogia, apeló á un recurso supremo escribiendo una hoja suelta en la que renegaba de Contreras, y de la artillería, y de los barcos blindados, y del derramamiento de sangre. «Yo, decía, sobre poco más ó menos, con una candidez que movería á risa si la cosa no fuese tan grave, he defendido siempre la fraternidad universal. ¿Qué dirá ahora esa madre, si ha leído mis libros, cuando vea que en nombre de mis doctrinas una bala de cañón le ha quitado á su hijo?» La madre probablemente no diría nada, pero si el dolor la dejaba discurrir y las lágrimas la permitían hablar, hubiese podido contestarle:—«¡Cómo! ¿Te asombras de que los cañones maten? Pues, ¿cuándo han servido para otra cosa? Y si se ponen en manos de presidiarios, lo más natural es que derramen sangre de inocentes.»

Pero me he apartado de mi propósito. Dejemos en paz al político. Dios le habrá juzgado, y su infinita sabiduría habrá dado un fallo en que la justicia absoluta se combine con la inagotable misericordia.

Don Roque Barcia era un poeta. Escribió varias obras dramáticas, y no recuerdo que lograra ver representadas más que tres: un drama en dos actos y dos piezas en uno. Su versificación era entonada, valiente y siempre correctísima, pero ni sobresalía en la pintura de los caracteres ni sabía combinar la trama de las producciones destinadas al teatro. Por eso sus obras no tuvieron ni podían tener gran éxito. Él, por otra parte, nunca tuvo pretensiones de autor dramático.

El drama á que antes me he referido se representó en el teatro de Variedades cuando actuaba en él Julián Romea, al frente de una compañía notable por el conjunto, de la que formaban parte la Palma, la Híjosa y la Berrobiano con Oltra, Mario y Morales; llamábase *El pedestal de la estatua* y era una colección de escenas un tanto deshilvanadas en que el autor cantaba las glorias de Cervantes. El éxito no pasó de ser lo que llaman los franceses *un succès d'estime* y tampoco merecía más. Pero, si por la falta de interés y la mala combinación del plan no tenía condiciones de drama, en cambio como producción poética encerraba trozos y detalles de primer orden. No la tengo á la vista y hasta ignoro si llegó á imprimirse, pero recuerdo una escena en que un cortesano de Felipe III se presenta en la guardilla donde Cervantes lucha con la miseria, que está escrita de un modo admirable. El poeta

cree vislumbrar un rayo de esperanza en aquella visita, mas apenas comienza el diálogo, se entera con amargura de que no tiene más objeto que pedirle su espada de Lepanto, para que figure en una colección que forma el Rey de objetos que figuraron en la famosa batalla. El autor del *Quijote* no la niega, pero aplaza el donativo para después de su muerte, diciendo:

..... Tiene antes
que acompañar mis restos á mi huesa.
Del monarca será muerto Cervantes.
— Parece, don Miguel, que darla os pesa.
— ¡Nada, señor, dijeron al soldado
los que hoy cuidado de su espada tienen!
¡Nunca por este viejo han preguntado,
y hoy por su espada á preguntarle vienen!
No me pesa que el lauro lisonjero
niegue á mi frente merecida palma...
Me pesa que un acero *que es acero*,
merezca más que yo, que tengo alma
No fué mi acero aquel fervor cristiano
que oyó el ronquido de la mar bravía,
no fué mi acero quien en buque hispano
vertió la sangre que en el golfo hervía:
otro es, señor, quien el acero aferra,
otro es, señor, quien gana los laureles...

No recuerdo más. Pero basta lo copiado para demostrar que el que así siente y de este modo escribe es un poeta.

Donde más brillaba era en la prosa. Gustábase imitar el estilo cortado de Victor Hugo, y con frecuencia solía igualar á su modelo. En esas contraposiciones violentas, que son la especialidad del famoso escritor traspirenaico, logró don Roque momentos felicísimos. Para causar efecto en las multitudes tenía, además, una cualidad que con ninguna otra puede ser reemplazada: la convicción. Decía, á lo mejor, disparates enormes, pero creía en ellos. La sinceridad palpitaba en todos sus escritos, y para llevar el convencimiento al ánimo de los demás no hay nada como estar convencido. Un apóstol sin fe podrá argumentar con admirable dialéctica, podrá vencer á todos sus contradictores en el terreno de la discusión, podrá ser un ergotista irresistible, pero no hará prosélitos y por consiguiente no será propagandista. Barcia lo era por desgracia de todos.

Ocurrió el asesinato del general Prim.

El juez empezó á llenar millares de folios para perderse en un mar de confusiones.

Y en aquel momento se le ocurre á Barcia escribir un artículo, por cierto, de los más notables que produjo su fecunda pluma.

Allí pintaba el crimen con los vivos colores que le sugirió su acalorada fantasía, describiéndolo, no como fué, seguramente, sino como él pensaba que podía haber sido.

Titulábase «Luces en el aire,» y suponía que los asesinos, apostados de trecho en trecho desde la puerta del Congreso hasta la esquina de la calle del Turco, lugar del trágico suceso, se avisaban unos á otros encendiendo fósforos, al pasar el coche en que iba el caudillo revolucionario.

Contaba la escena con tal lujo de detalles, daba á la ficción tales apariencias de realidad, que no parecía sino que todo lo había visto, y aun daba lugar á suponer que había tomado en el hecho parte principalísima.

Así hubo de pensar el juez que, sin encomendarse á Dios ni al diablo, dió con él en la cárcel y allí le tuvo, no pocos meses, en compañía de otros acusados tan inocentes como él.

Yo confieso que, aun no conociendo á Barcia, ni sabiendo que era incapaz de matar á nadie, hubiera pensado de un modo diametralmente opuesto al del encargado de administrar justicia.

En el mismo escrito en que Su Señoría vió indicios de culpabilidad hubiera encontrado pruebas de inocencia, pensando que el que supiera algo de aquel infame asesinato se guardaría bien de decir una palabra.

Pero los jueces no tienen obligación de discurrir del mismo modo que los periodistas, y por este motivo don Roque fué largo tiempo huésped del inmundo y famoso Saladero.

Peritísimo en lenguaje, antes de morir quiso dar cima á un *Diccionario etimológico*, en que había trabajado casi toda su vida. Ignoro si llegó á tener la satisfacción de verlo publicado.

EDUARDO ZAMORA CABALLERO.

Últimas abjuraciones

Voy á morir! prenda del alma mía:
éste el centón de mis quimeras es;
leed, leed; y de la gloria impía
de tanto error abjuraré después.

EL HIJO (*leyendo*)

«Cuna de rosas al nacer hallamos.»

EL PADRE

¡Mentira! Abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO

«Rosas, la vida al comenzar, hallamos.»

EL PADRE

¡Falso! Los pies por entre abrojos van.

¡Voy á morir! Las bárbaras memorias
que el fin amargan de mis horas ved;
¡cúmulo abyecto de entrañables glorias!
Leed, por Dios, y escarmentad; leed:

EL HIJO

«Su vida el hombre de ilusiones puebla.»

EL PADRE

¡Ay! Necio error á la ilusión llamad.

EL HIJO

«Huye la edad de la razón cual niebla.»

EL PADRE

¡Horror! ¡Pasad, horas sin fin, pasad!

¡Voy á morir! De nuestra vida escasa
pasa en engaños la primer mitad,
la otra mitad en desengaños pasa;
¡nunca olvidéis esta cruel verdad!

EL HIJO

«¡Triste es dejar del mundo la presencia!»

EL PADRE

¡Mundo! os doy ledo mi postrer adiós.

EL HIJO

«Perece el bienestar con la existencia.»

EL PADRE

¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Antonchu y Marichu



ENÍA setenta bien cumplidos y se llamaba Santiago Iturrigorri, apellido que significa fuente de agua roja, debido á que los Iturrigorris procedían de una casería oculta en un repliegue de Somorrostro y á la vera de un castañar, en el cual había un manantial ferruginoso. Santiago había conocido á su abuelo, quien también conoció al suyo, y éste no sabía cuándo sus antepasados se habían establecido en Santurce dedicándose á la pesca; lo que prueba que los Iturrigorris eran muy antiguos y hacía sabe Dios cuántos años que habían dejado la yunta y la tierra por la barca y el mar.

Santiago no comprendía que sus antepasados no hubiesen sido hombres de mar, porque para él la tierra era insignificante accesorio del Océano y los continentes la continuación de las costas. Lo demás nada valía.

—¡Raya! ¿Hay aire más saludable que el del mar, ni mecedora más cómoda que una barca, ni colchones que en blandura ganen á las aguas, ni siesta mejor dormida que la que se echa en la lancha? ¡Raya!

En soltando su interjección favorita, no admitía réplica, y en ella había convertido el nombre de un pez bastante feo.

Había nacido y vivido en Santurce y allí deseaba morir, porque el pueblo era para él lo que la roca para la ostra, y no necesitaba más ni pedía más. ¡Ah! sí: deseaba ver casada, antes de echar el ancla en el cementerio, á su nieta Marichu con uno nacido en Santurce y hábil como él en la pesca del bonito, de la sardina y del gibión. No había que pensar en novio de tierra adentro ni en marinero de la costa de Levante desde que Iturrigorri había averiguado que Mediterráneo significa mar entre tierra. Al saberlo se quitó la pipa de la boca, plegó el lado derecho del labio, abrió el izquierdo, disparó una escupitina y dijo con desprecio:

—Eso no puede ser mar: será una charca. Esto sí que es mar, añadió mirando el Océano.

—¿Acaso todos los mares no están entre tierras? le preguntaron.

—No: la tierra es la que está entre mares, menos eso que llaman Mediterráneo, que debe ser un mar sin vergüenza cuando consiente que la tierra le dé nombre.

Todos los días se sentaba Santiago á la puerta de su casita después de haber comido, si no llovía; y cuando Marichu había lavado los platos y guardado las sobras del pan y dado un escobazo al piso de tablas y arrimado la media docena de sillas, iba donde estaba el viejo, convertía el suelo en taburete y repasaba y arreglaba los aparatos de pesca que empleaba Iturrigorri, en lo cual era muy hábil. La gente, al pasar, decía ó pensaba:

—¡Qué guapa es Marichu!

Y Santiago, que lo oía si lo decían y lo adivinaba si lo pensaban, contestaba:

—¡Raya, si es guapa!

La joven se ruborizaba, sonreía, y aunque bajaba los párpados, siempre enviaba por el rabo del ojo una mirada

de gracias al autor del elogio. La piel de las mejillas del pescador se juntaban debajo del paladar para chupar con fuerza de ventosa gran cantidad de humo del tabaco que llenaba la negra pipa, humo que pausadamente lanzaba al espacio por la boca y á veces por las narices; y mientras miraba cómo se deshacían las espirales, repetía:

—¡Raya, si es guapa!

Antonchu Ederra afirmaba que no había en Santurce ni en Portugalete, ni en Algorta, ni en Deusto, ni en Luchana, ni en Abando, ni en ninguno de los pueblos que se mirarían en la ría si sus aguas estuviesen limpias, ni siquiera en Bilbao, una nescatcha, ó sea joven, que en guapeza fígalase á Marichu; y ésta á su vez pensaba, pero no lo decía, porque no le hubiera estado bien, que el motil, ó sea el mozo, merecía llamarse Ederra, que en vascuence significa hermoso.

El joven cuidaba de estar en la playa cuando Santiago regresaba de la pesca para ayudarle y ponderar su habilidad en trabar gíbones, que así se llaman allí los calamares: después se atrevió á detenerse á la puerta de la casita para echar unos párrafos con el viejo sobre la vida de mar; más tarde ya se sentó á su lado y le ofreció tabaco de hebra para cargar la pipa.

—Señor Santiago, le decía, los jóvenes que vivimos de la pesca tenemos mucho que aprender de un viejo lobo marino como usted.

—¡Raya! Los años y los peligros dan experiencia. ¡Con tantas me he visto!

Y el viejo tiraba del hilo de los recuerdos, y mientras el carrito daba vueltas, Ederra miraba á Marichu, la joven le devolvía las miradas, y el abuelo seguía narrando lances de pesca, sin notar que el amor tiraba los anzuelos. Una vez sí vió que su nieta había echado á perder, en vez de componerla, una potera, la mejor que tenía, con la cual había cobrado millares de gíbones.

—¿Qué es eso, Marichu? ¿En qué pensabas?

La joven se ruborizó, Ederra sonrió y el viejo cogió la potera por si el estropicio tenía remedio. ¡Qué había de tener! El gesto de contrariedad fué tan enérgico, que los pelos de la barba casi se juntaron con la punta de la nariz por encima del afeitado bigote. Marichu miró á Ederra como diciéndole: «Tú tienes la culpa.»

—Señor Santiago, dijo Antonchu, tengo en mi casa unas poteras tan buenas, que antes de salazarlas ya están los gíbones tendiendo las patas para agarrarse. Le daré una y si quiere la probaremos hoy mismo. La mar está como un plato y es seguro que encontraremos algún pozo.

—¡Raya! Aceptado.

Fuése Ederra, y en menos de un soplo estuvo de vuelta, con la potera nuevecita, los ganchos hacia arriba, equidistantes y formando círculo. Y mientras el viejo la examinaba, Antonchu preparó la lancha y afirmó el palo con tanta presteza y seguridad, que Santiago dijo:

—Eres marino, ¡raya!

Se embarcaron, y en dos remaduras puso el joven la embarcación en franquía; luego izó la vela, que hinchó el viento, y se fué á sentar al lado de Santiago que gobernaba el timón.

—Hace muchos años que salgo á la mar solo, le dijo el viejo; desde que murió mi hijo Ignacio, el padre de Marichu. Cuando pescábamos los dos no había quien cobrara más bonitos ni trajera más sardina y berdeles. ¡Qué redadas! La pesca del bonito me gusta, ¡raya! porque el barco parece una gaviota; se desliza, vuela, y los

bonitos, al ver el cebo que entre dos aguas sigue el vertiginoso movimiento de la lancha, abren la boca, saltan y ¡ñach! ya se han clavado, ¡raya! Después otro, y otro, y aún más. Se vendían baratos, pero en la abundancia estaba la ganancia. Ahora no puedo gobernar solo, ya soy viejo y me dedico á la pesca de gíbones. En encontrando un pozo ya no escapan. Ya verás.

—Mi padre dice que si hay un gibión en la mar, usted ha de trabarlo.

—Es verdad. Luego Juana María, la madre de Marichu, los vende en Portugalete ó más allá, hasta llegar á Bilbao si se ofrece. A veces se pagan á cinco reales docena. ¿Vas á Bilbao con frecuencia?

—Poco, porque pesco con mi padre, y no queda tiempo para holgar.

—Yo voy cuando menos una vez al mes, escogiendo un domingo.

—¿A oír misa en el santuario de Begonia?

—Eso es; y rezo á la Virgen, protectora de los marineros y de todos los desvalidos. En la iglesia consta como se salvó de una tempestad Andrés de Bermeo con seis bajeles, y de otra Martín de Olarte y muchos otros milagros. El bajel de Olarte estaba desjarciado, sin mástiles, timón, ni velas, y la Virgen atendió sus ruegos y los de la tripulación, y por su intercesión se libraron del naufragio. Otros muchos debieron su salvación á la Virgen. Yo siempre que me embarco, miro hacia dónde está el santuario y rezo una salve. ¿Rezas tú?

—Mi madre me ha enseñado á encomendarme á la Virgen.

—Nada pierdes y mucho ganas. Pues después de misa nos sentamos á la sombra de un nogal y almorzamos con apetito la tortilla de patatas y algún pescado frito; echamos un trago, y cuando nos hemos hartado de ver á nuestros pies la ría y Bilbao la vieja, y las montañas de hierro, bajamos los trescientos diez y nueve escalones de aquella escalera que por lo alta parece la del cielo. Y lo es para los buenos, porque es la del cementerio y la del santuario. ¡Qué bien puesto está aquello que hay en el Campo Santo! ¿Lo recuerdas? Dice así:

Aquí acaba el gozar de los injustos
y comienza la gloria de los justos.

Muy bien dicho, ¡raya! Si no hubiera Dios, ¡cómo se reirían los pillos! Pero Dios les espera, y cuando mueren comienza para ellos el penar y para los buenos el gozar. Arría la vela.

—Me parece buen sitio este.

—Echa el muerto.

Ederra cogió la piedra que servía de ancla y á la que llaman muerto aquellos marineros, y fondearon. Las corrientes fueron desviando la lancha hasta quedar quieta, y entonces Santiago y Antonchu lanzaron las poteras á un palmo del fondo, imprimiendo suave movimiento á la sedefia para atraer á los gíbones, que alargan las patas, cogen lo que creen cebo, clavándose pocas veces, pues las más se agarran, y suben con la potera cuando bracea el pescador, no soltando la presa hasta que fuera de su elemento caen en la lancha. La leve sensación que experimenta la mano que sostiene la sedefia cuando el gibión atrae la potera, es el aviso que recibe el pescador, quien bracea con rapidez, en particular cuando la pesca está á flor de agua, para cobrarla.

—¡Uno! dijo Santiago.

El gibión cayó en la lancha y soltó un chorro de tinta que salpicó la cara de Antonchu.

—¡Estás majo! exclamó riendo.

—¡Si me viera Marichu!

Iturrigorri fijó en él dos ojos que parecían dos anzuelos, con los cuales quería clavar lo que ocultaba aquella exclamación que se le había escapado á Ederra, quien se turbó. Por fortuna en el fondo del mar un gibión se agarró á su potera.

—¡Otro! dijo. Hemos dado con el pozo. La pesca será buena.

—¡Si le viera Marichu!... pensó el viejo. Luego no le agradaría que le viera sucio.

—Vaya si hemos dado con el pozo. Otro.

—Ahí va el mío.

—Es necesario aprovechar la racha. Ya pican; ya está.

—Llenaremos la barca.

Los gibiones caían en el fondo y ofrecían hermosos reflejos de nácar con puntos negros en todo su cuerpo, que aparecían para borrarse y reaparecer en otra parte.

—¿Por qué no te gustaría que Marichu te viese con la cara manchada de tinta?

Antonchu miró atontado á Santiago, y no sabiendo qué contestarle abrió la boca, hizo una mueca que quería ser una sonrisa y enseñó sus fuertes y blancos dientes.

—¡Ya! murmuró el viejo.

El pozo se agotó ó los gibiones se marcharon, y Santiago resolvió poner la proa á Santurce.

—Sería el marido que le conviene á mi nieta, pensaba.

Ederra se acordaba en aquel momento más de su padre que de Marichu, porque debía salir á pescar y no habría salido esperándole.

En la playa estaba Juana María, á la que gritó Santiago:

—Mañana á primera hora á Portugalete. Ciento ochenta gibiones. A peseta la docena, quince pesetas.

—La mitad para Ederra.

—Nada quiero, señor Santiago, porque eso sería co-brarme.

—Llévate una docena para cenar.

—¡Para que mi padre se entere de que le he dejado para pescar con otro! Buena se armaría, pensó Ederra, y se fué á su casa.

Lo que en ella pasó no lo dijo, pero algo sería, porque su padre era bueno, pero rudo, duro, de poco aguante y estaba furioso por no haber podido salir á la mar por no haber comparecido Antonchu. La madre de éste, Pepa, había acabado por parecerse al marido, y aunque el fondo no podía ser mejor, la forma no podía ser peor, y por un quitame allá esas pajas armaba una escandalera. Como Juana María se dedicaba á la venta del pescado, y las del oficio la temían.

II

Santiago ya no se limitaba á seguir las espirales del humo de su pipa: tenía un ojo fijo en Antonchu, otro en Marichu, y se convenció de dos cosas: que se amaban y que los labios no se habían atrevido á confesar lo que los corazones sentían. Cada tarde Ederra formaba el propósito de aprovechar un momento para decir:

—Mira, Marichu, te amo.

Pero cuando quería mover los labios se quedaba como los pájaros hambrientos, con la boca abierta. Un día se atrevió á decir:

—Mira, Marichu...

A la joven le dió un vuelco el corazón y bajó los ojos.

—Mira Marichu..., repitió Ederra.

—¡Ahora! pensó la nieta de Santiago.

Hubo una pausa y Antonchu dijo por tercera vez:

—Mira, Marichu...

Y por tercera vez se calló.

—¿Qué he de mirar? preguntó ella.

—¿No te parece que la tarde está hermosa?

—Muy hermosa.

No hubo más. El día siguiente, domingo, Iturrigorri fué al santuario de Begonia á oír misa con su Juana María y Marichu, y ¡qué casualidad! Allí estaba Ederra. Asistieron al santo sacrificio con mucha devoción, después fueron al camarín á adorar la Santa Imagen, y Santiago dejó una moneda de cobre y Antonchu otra, pobre ofrenda de corazones ricos de fe. Luego salieron, y al salir dijo Ederra á Marichu quedo, muy quedito:

—He pedido á la Virgen que me quieras.

La joven se ruborizó primero, le miró después y le contestó bajo, muy bajito, y con encantadora sencillez:

—¡Bendita sea la Virgen! Ha oído tus súplicas y las mías.

A Antonchu le pareció muy sabrosa la tortilla, riquísimos los berdeles fritos, hermoso el cielo, á pesar de que las nubes tapaban el sol, y cristalinas las aguas de la ría, que las avenidas de las últimas lluvias habían convertido en barro diluido.

Terminado el almuerzo y recogidas las sobras en un cesto, volvieron á Bilbao, y al hallarse delante del cementerio, dijo Iturrigorri:

—No olvides lo que dicen estas letras:

Aquí acaba el gozar de los injustos
y comienza la gloria de los justos.

El hombre es un barco que echa el ancla en el cementerio: si trae patente limpia le admiten en el cielo, si la trae sucia va al infierno. Todo lo que es mortal acaba aquí, pero aquí comienza lo eterno. La Virgen de Begonia nos valga para ganar la gloria.

—Amén, contestaron todos; y siguieron bajando los trescientos diez y nueve escalones.

Á pie fueron á Santurce, y al llegar dijo Marichu á Ederra:

—Me has dicho que me querías y yo no he negado que te quiero. No estaría bien que nos viéramos para hablar de nuestro amor sin el consentimiento del abuelo. Mientras no lo tengas, no vuelvas.

Antonchu dió una manotada á la boina, que pasó al hombro derecho. Marichu tenía razón, pero ¿cómo se atrevería á decir á Santiago que estaba enamorado de su nieta? Tres tardes salió de su casa con el firme propósito de hablarle y no le habló. El cuarto día se embarcó con él, suponiendo que en la mar tendría menos trabada la lengua; pero apenas hubo comenzado la pesca se acordó de que su padre le esperaba para ir á la sardina y comenzó á sudar pensando en la chillería que le aguardaba al regresar.

—¿Estás tonto? le dijo Iturrigorri. Todos los gibiones te escapan.

—Hoy tengo mala mano, porque...

—¿Por qué?

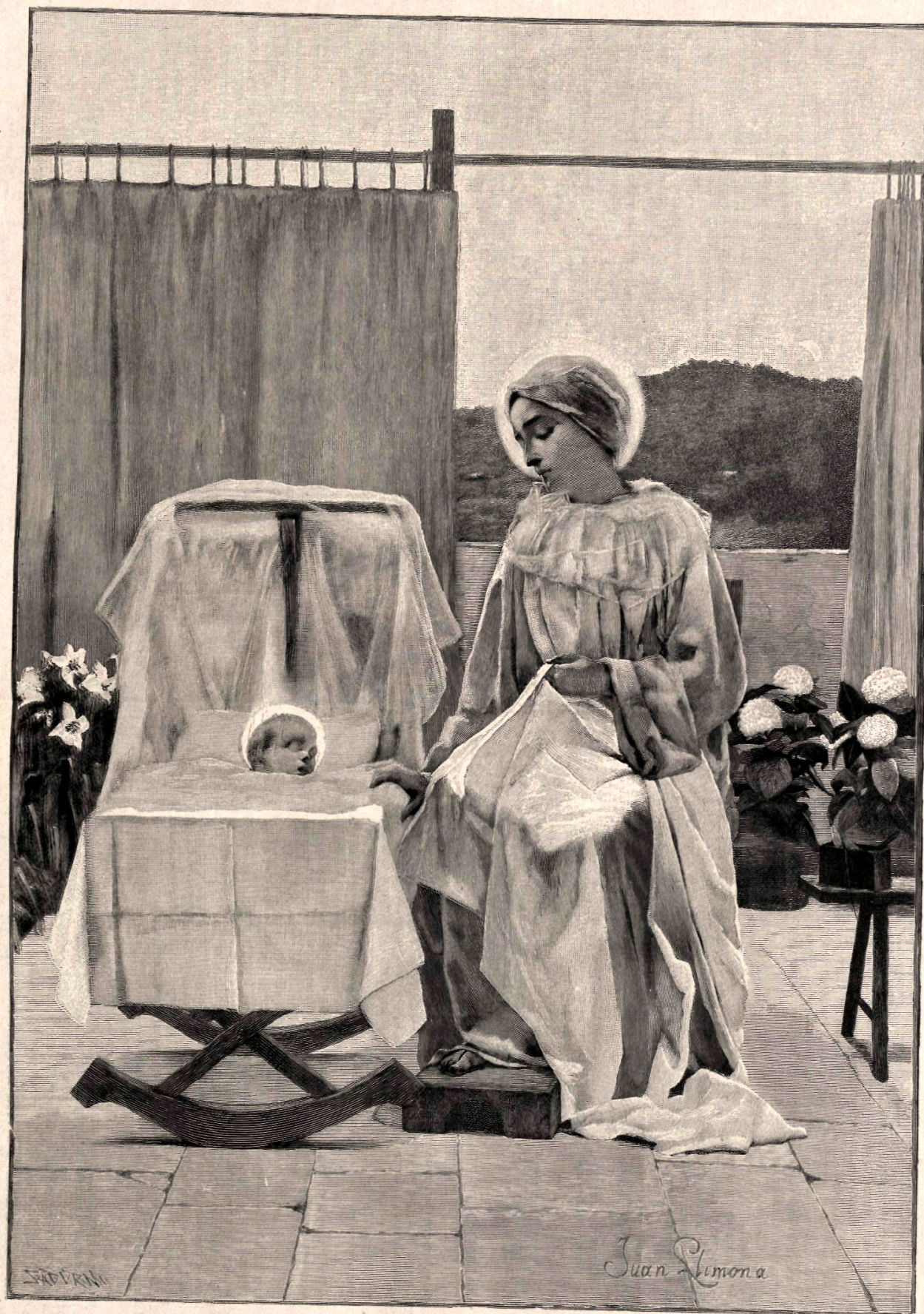
Ederra cerró los ojos y contestó como niño á pregunta del maestro:

—Porque quiero á Marichu y ella me quiere y no sé cómo decírselo á usted.

—Ya lo sabía.

—¿Usted no se opondrá?

—Mientras no se opongan tus padres. Cuando Ignacio



LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS
CUADRO DE JUAN LLIMONA

quiera puede hablarme, y si él es gustoso de que Marichu sea su nuera a mí no me disgustará.

Al regresar con el balde lleno de gibiones que rebullían en el agua, Ederra sonrió y dijo a Marichu:

—Ya le he hablado y el abuelo consiente. Mi padre vendrá aquí, echarán unos párrafos y por san Ignacio, la fiesta del santo patrón de Vizcaya, nos casamos. Señor Santiago, quisiera que el señor cura nos echara la bendición en Begoña.

—Bien pensado.

Antonchu y Marichu charlaron, charlaron embriagados de felicidad, hasta que el primero vio la barca de su padre.

—Pecho al agua: ahora mismo voy a hablarle.

Y se fué resuelto, suponiendo que el enojo de Ignacio por no haber ido con él a la sardina desaparecería al saber de lo que se trataba; pero no le dió tiempo de decírselo, porque la pesca había sido escasa y parecía pulpo clavado en el anzuelo que extiende sus patas en busca de presa.

—Padre...

—Recoge esa miseria de pescado y véte a casa. Has estado pescando con Iturrigorri olvidado de tu padre. Lár-gate...

Antonchu obedeció, porque echaba Ignacio más espumarajos que tinta un gibión, quien se dirigió donde estaban Santiago y Marichu.

—El señor Ignacio, abuelito.

—Sé a lo que viene. Me parece que tú debes retirarte.

El viejo cargó la pipa, la encendió y esperó muy satisfecho.

—Buenas tardes, Ignacio.

—Buenas tardes, Santiago. Es necesario que eso acabe.

—Lo mismo digo.

—Pues cuando vuelva mi hijo le ordenas que se largue a toda vela y con Nordeste, pues no está bien que yo le mantenga y tú lo aproveches. Su puesto está en la barca de su padre, no en la tuya.

De un resoplido echó fuera Iturrigorri el humo que había convertido sus mejillas en hinchada vejiga.

—¿Estás loco?

—Lo estaría si consintiera que explotaras a mi hijo; que tu mujer vendiera lo que él pesca y os guardarais el dinero.

—¡Raya!

Esta raya salió de su boca como resoplido de ballenato; y levantando la mano derecha, en la que tenía la pipa, la dejó caer en la cara de Ignacio, con tan mala suerte que la nariz de éste, que era puntiaguda, quedó calzada por la encendida pipa. Pegó un bote, lanzó un rugido, socorrió con ambas manos sus narices, tiró la pipa a la cabeza de Santiago y se tiró él; y Ederra e Iturrigorri rodaron por la arena, convertidos en un lío, con cuatro piernas que pateaban y cuatro brazos con los cerrados puños en continuo movimiento. Se oía:

—¡Raya! ¡Raya!

A los gritos acudió Juana María, que llegaba de Portugal, los pies desnudos, a media pierna la sucia falda llena de grasa de pescado; semejantes a orejas de buho las puntas del pañuelo, que llevaba liado a la cabeza, con toda la facha de mujer brava que suelen tener las vizcaínas vendedoras ambulantes de pescado, y de una garfiada marcó cuatro sangrientas rayas en la cara de Ederra; cuya mujer vino volando, manoteando y gritando a tomar parte en la pelea, y de una cabezada tumbó a la madre de Marichu. Los vecinos intervinieron, los separaron y los

llevaron a sus respectivas casas, ensangrentados, rotos, bramando de ira y con propósito de volver a comenzar en cuanto se les presentase ocasión.

—¡Marichu, rugió Iturrigorri, antes muera que te vea casada con Antonchu!

—¡Antonchu, bramó Ederra, si vuelves a casa de Santiago encontrarás cerrada la de tu padre!

Marichu lloró y lloró Antonchu, quien un día se atrevió a aproximarse al viejo y a la nieta; pero Iturrigorri se levantó, extendió el brazo y dijo con acento en que había más amenazas que en una galernada:

—¡Véte!

III

La joven no se quejó ni volvió a hablar de Ederra, pero estaba triste; no cantaba, tenía los ojos enrojecidos, sus mejillas palidecían. Iturrigorri sabía lo que aquello significaba y entre bocanada y bocanada de humo mascaba estas palabras, mirando en dirección a la casa del padre de Antonchu:

—¡Canalla! ¡Raya! ¡Si se muere Marichu, le mato! ¡Raya!

Y la nieta estaba cada vez más triste, más pálida, más resignada y tenía los ojos más hundidos y enrojecidos. Ella también miraba, pero no hacia la casa del padre de su deseado para maldecirle, sino en dirección a la ría, en cuyo extremo y en una eminencia que domina a Bilbao está el santuario de Begoña, y pedía amparo a la Virgen y estaba segura de que la Madre de Dios la oiría.

Antonchu, tan alegre siempre, estaba taciturno; acompañaba a su padre a la pesca, pero no hablaba. De su casa había desaparecido la paz y los vecinos decían que a veces oían en ella voces de disputa. La madre, acostumbrada a gritar en las calles cuando vendía sardina: —¡Ay qué fresca y qué fresca, y qué viva y qué viva, y qué gorda y qué gorda!—era la que más alborotaba. Era una buena mujer, como tantas hay, pero cuyas obras resultaban malas por vocinglera y escandalosa, y que con el fuelle de su lengua convertía el rescoldo en llama, la llama en hoguera y la hoguera en volcán. ¡Lo que habló de Marichu, tan buena y honrada! No era honrada ni buena.

—Madre, ¡por Dios! se atrevió a decirle un día Antonchu mientras cenaban.

—Es verdad cuanto dice, gritó Ignacio.

—No lo es, padre.

La madre sopló, el fuego prendió, Ignacio perdió la cabeza, y cogiendo el plato que tenía delante lo estrelló en la cara de su hijo, que se levantó pálido, el rostro ensangrentado. El demonio intentó cegarle en aquel momento para arrojarle contra Ignacio; pero el joven lanzó un fuerte suspiro, como si quisiera echar fuera los ardores del infierno, y sus labios murmuraron:

—¡Virgen de Begoña!

Después añadió:

—Padre, perdóneme si le he ofendido, que tal propósito no tuve. Mientras yo esté en esta casa en ella no habrá paz. Me embarcaré para América.

No habló más y se fué a acostar. Ignacio cerró el puño, lo extendió hacia la casa de Iturrigorri y rugió:

—Si se va mi hijo, mato al viejo. ¡Canalla!

Marichu enfermó y fué necesario llamar al médico; Antonchu habló a un amigo suyo que navegaba en el vapor *Zornoza*, que debía hacerse a la mar para la Argentina después de Pascua de Resurrección, y el capitán convino en embarcarlo gratis a condición de que prestase,

durante la travesía, servicio de marinero. El Domingo de Ramos Antonchu se detuvo cerca de la puerta de la iglesia, al salir de los divinos oficios, porque no quería marcharse sin ver, acaso por última vez, á su amada, y como la gente era mucha, Marichu se encontró separada de su abuelo y de su madre y se paró en la calle para esperarles.

—Marichu, le dijo el joven: voy á América, pero volveré para ser tu esposo. No me olvides.

—No te olvidaré. Reza á la Virgen de Begoña.

No habían vuelto á hablarse desde aquella terrible tarde. Marichu tuvo que guardar cama el lunes, y su abuelo, al fumar la pipa, escupía en dirección á la casa de Ederra y murmuraba:

—Si se muere, le mato. ¡Raya! Mato á ese canalla.

Ederra sospechaba que estaba próxima la marcha de su hijo, quien no había vuelto á hablar de ella para evitar escenas violentas, y extendiendo el puño hacia la casa de Iturrigorri, gritaba:

—Si pierdo á mi hijo, mato á ese viejo canalla.

Y los del pueblo, que estaban enterados de lo que ocurría, decían:

—Un día se matan.

La madre de Antonchu no gritaba ni alborotaba, porque habían entrado en Semana Santa, debía confesar, y comprendía que es pecado dar suelta á la lengua. El martes Santo, después de cenar, dijo:

—Antonchu; por ahí cuentan que te embarcas pronto. Siempre has cumplido con la Iglesia, como buen cristiano, en compañía de tus padres. ¿Te parece que mañana vayamos á confesar?

—Está bien, madre.

—¿Irás, Ignacio?

—¿Acaso he dejado de cumplir un solo año?

Se acostaron temprano para madrugar. Después de haber rezado, Ignacio metió el brazo derecho debajo de la almohada, se arrebujó y comenzó el examen de conciencia, que no le acusaba de no haber amado á Dios sobre todas las cosas, de haber jurado su Santo Nombre en vano, de no haber santificado las fiestas, ni de haber matado, robado, deseado la mujer del prójimo ni codiciado los bienes ajenos. ¿Ni de haber levantado falsos testimonios? La verdad es que había dicho á Iturrigorri que explotaba á Antonchu, que se quedaba el dinero de lo que él pescaba. Ciertamente que Santiago le había contestado con una puñada, pero ¿no le había provocado? ¿Era verdad que Marichu no fuese buena ni honrada? No lo era, y él le había levantado falsos testimonios, y porque Antonchu quiso defenderla, él le pegó; y su hijo se iba á América. ¿quién tenía la culpa? La conciencia siguió hablando á aquel rudo hombre de mar hasta que se durmió, y siguió hablándole en sueños. Al amanecer se tiró de la cama y se puso camisa limpia y la ropa de los disantos, y antes de estar el sol sobre el horizonte ya estaban los padres y el hijo en la iglesia, donde había mucha gente cerca de los confesonarios. A las ocho el señor cura dijo la misa en el altar mayor y dió la comunión. Ederra, su mujer y Antonchu subieron por el lado de la Epístola, cuando Iturrigorri, su nuera y Marichu subían por el lado del Evangelio, y la penitencia juntó en la Sagrada Mesa á los que tantas amenazas de muerte se habían lanzado. A un tiempo se arrodillaron y quedó el padre de Antonchu al lado del abuelo de Marichu. Los altares estaban cubiertos, la luz de una mañana de invierno entraba por las ventanas sin descender de las alturas; los dos cirios tenían los resplandores de la Fe, y la luz del que el

monaguillo llevaba en la mano iluminaba los ornamentos del sacerdote, que tenía el copón en la mano izquierda, la Sagrada Forma en la derecha, y decía las palabras sacramentales. Cuando se oyó: *Domine, non sum dignus*, las manos golpearon el pecho y se movieron los labios de Santiago é Ignacio que repetían: *Domine, non sum dignus*. El monaguillo tocaba la campanilla que con su sonido argentino llenaba como acento divino la iglesia y los corazones de la muchedumbre que estaba arrodillada, la cabeza inclinada.

Después de la comunión continuó la misa, y una vez terminada se retiraron los fieles, y las familias de Ederra é Iturrigorri salieron á un tiempo empujadas por los que estaban detrás; y sin que hubiesen puesto nada de su parte, Santiago se halló al lado de Ignacio, Pepa junto á Juana María y Antonchu cerca de Marichu.

—Buenos días, Santiago, dijo Ederra.

—Buenos días, Ignacio, contestó el viejo.

—Veo que has cumplido con la Iglesia.

—Es deber de cristiano.

—Yo he dejado muchas cosas á los pies del confesor.

—Todos los pecados.

—Y me he traído el propósito de enmienda.

—Pues es natural, porque sin arrepentimiento y propósito de enmienda el confesor no podría absolvernó.

—La verdad es, Santiago, que yo te he ofendido.

—La verdad es, Ignacio, que también te he ofendido yo.

—Antonchu quiere irse á América.

—Marichu está enferma.

—Yo sé por qué Antonchu se marcha.

—Yo sé por qué Marichu está enferma, y también sé cómo recobrará la salud.

—Y yo el medio de que tu hijo no se embarque.

—¿Casándoles?

—Casándoles.

—¿Por qué no les casamos?

—No veo inconveniente.

—Tampoco yo.

—Pues les casaremos.

—Eso es, les casaremos.

El viejo se detuvo, de una manotada se quitó dos lágrimas que caían de sus ojos, y dijo:

—¡Raya! Ederra, quiero darte un abrazo. ¡Raya! Un buen abrazo.

Y bueno fué el que se dieron. Iturrigorri se empeñó en que los Ederra comieran en su casa y Juana María aderezó bacalao en *inchaursalsa*, ó sea salsa de nueces, tan sabroso que todos se chuparon los dedos, y bebieron dos botellas de chacolí que sirvieron para remojar las castañas. Nadie mentó los agravios pasados, que habían dejado á los pies del confesor, como dijo Ignacio; pero se habló del porvenir, que se presentaba de color de rosa, porque el porvenir era el casamiento de Antonchu y Marichu, que se celebró en el santuario de la Virgen de Begoña, en quien los novios tenían puestas sus esperanzas cuando la galernada de odios y rencores amenazaba hacer naufragar su dicha.

IV

Han transcurrido cuatro años. Santiago ha saltado de la barca con los dos Ederra, porque ahora pescan juntos, y mientras las madres preparaban el pescado para la venta bajo la dirección de Antonchu, y Marichu la modesta cena, Iturrigorri encendió la pipa, sentó sobre las rodillas

un niño de tres años, mofletudo, de pelo rubio rizado, con dos ojazos como el puño, al que miraba embobado Ignacio.

—¿Cómo te llamas? le preguntó Santiago.

—Antonchu Ederra é Iturrigorri, contestó el niño con su media lengua.

—¿Á quién te pareces?

—A mamá Marichu.

—¿Quién te quiere á tí?

—Abuelito Santiago y abuelo Ignacio, y las abuelitas y papá y mamá.

—Es muy mono el niño, Santiago.

—Monísimo, Ederra. El cabello y la nariz son de Antonchu.

—Y los ojos y la boca de Marichu.

—Pensar que por poco se va á América...

—Estábamos locos, Ignacio.

—Locos, Santiago.

El niño abrió los brazos, las cabezas de los abuelos se juntaron para recibir las caricias, y en medio de ellas apareció el rostro del angelito que les besó en la mejilla, diciendo:

—¡Cuánto te quiero! ¡Cuánto te quiero!

Los viejos sintieron humedecidos los ojos, y dirigieron la mirada al fondo de la ría, donde en una altura y dominando Bilbao está el santuario donde se adora la Virgen de Begoña, y á la Madre de Misericordia dieron gracias por tanta felicidad.

TEODORO BARÓ.

NUESTROS GRABADOS

Roque Barcia

Véase *Siluetas Modernas*, pág. 19.

La Virgen y el Niño Jesús

CUADRO DE JUAN LLIMONA

Al ver esta obra se viene en seguida á la memoria el recuerdo de Fra Angélico de Fiesole y de los artistas que en el siglo XV hicieron famosa la pintura italiana. Y á pesar de este recuerdo, el lienzo va en sus pormenores por camino distinto al seguido por el citado místico artista. Casi se diría que hay naturalismo, mejor dicho, puede afirmarse que lo hay de verdad en el cuadro de Llimona, cuando los de Fra Angélico son ideales en todo, absolutamente en todo. Pero así en las obras del fraile de Fiesole, como en la de nuestro paisano, la idealidad no procede de los elementos naturales de la pintura, ni siquiera de sus líneas capitales, sino del fondo que encierran, del profundo sentimiento cristiano, creyente que se advierte en la composición, en las figuras y en la admirable y encantadora expresión de éstas. Llimona, siguiendo en esto á algunos artistas de ahora, ha reproducido casi un interior del día, en habitación modesta; pero al hacerlo lo ha transfigurado bañándolo con la atmósfera del ideal cristiano. ¡Cuánta ternura resplandece en el rostro correcto, humano al par, de la Virgen Madre! ¡Qué serenidad en el continente y en la mirada de la que nació sin mancilla y sin pecado concibió al Salvador de los hombres! ¡Qué aureola de bondad intensa aparece en la linda cabecita del Niño Dios! ¡Qué delicado misticismo en todo! ¡Cómo Llimona, en el vestido de la Santísima Virgen, y hasta en los detalles exactos de la cuna, ha sabido apartarse de la realidad terrena, sin llegar á alterarla! Este cuadro, repetimos, es la obra de un verdadero artista cristiano, es una de aquellas pinturas ante las cuales el hombre descubre su cabeza y ora. A estos superiores méritos de concepto y de sentimiento une además los de una ejecución correcta en el dibujo, espontánea en la pincelada, simpática en el color, que es sumamente armonioso en el original. El joven artista catalán huye de los efectos, y, sin embargo, su cuadro produce viva impresión en el ánimo, y la produce por las razones que hemos dado, ó sea porque Llimona pintó lo que sentía y siente, y porque al dar forma gráfica á sus ideas y afectos supo elevarse á aquellas alturas en que el arte es más, mucho más que una mera recreación de los sentidos ó un mero alarde de habilidad pictórica. El excelente grabado que publicamos, debido al señor Sadurní, reproduce con suma fidelidad el mencionado cuadro, abrigando la convicción de que nuestros lectores verán con singular agrado la obra del pintor y la del grabador.

Cuentecillos

La escena en un cuarto de banderas. Varios oficiales jóvenes están de broma, y se guasean de los viejos que se tiñen el pelo, sin fijarse en la presencia del teniente coronel que se tiñe el bigote, seguramente, puesto que lo lleva negro como el azabache y tiene la cabeza toda blanca.



—Señores, dice el teniente coronel, les advierto que si estas bromitas se refieren á mí, están ustedes equivocados. Las canas de mi cabeza no son consecuencia de la edad, sino de un susto. Contaré á ustedes el sucedido.

Estando yo de operaciones en la Manigua, me aparté bastante de la columna, en un momento de descanso, con el objeto de bañarme.

Acababa de meterme en una inmensa laguna cuando se me presenta un tremendo cocodrilo.—Sí llega á verme



soy perdido,—me dije; rápido como el pensamiento me metí debajo del agua, y allí estuve cuanto tiempo me permitieron mis pulmones.

Al sacar las narices, ví que el cocodrilo había desaparecido.

Me vestí y corrí á reunirme con la columna.

La extrañeza de mis compañeros de armas no tuvo límites cuando me vieron llegar.

Tenía todo el pelo de la cabeza blanco.

La cosa se explica fácilmente; al meterme bajo el agua, inadvertidamente me dejé la coronilla fuera.

Por eso tengo el bigote negro, y blanca la cabeza.

Así habló el teniente coronel; los oficiales que le escuchaban quedaron, al parecer, convencidos.

Habían pasado algunos días después de esta escena.

El batallón tenía que salir muy de mañana á maniobras.

El referido jefe se presentó en el cuarto de banderas á la salida del sol.

—Mi teniente coronel, le dijo el oficial de guardia; ¿ha encontrado usted algún cocodrilo por el camino?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque lleva usted medio bigote blanco.

En efecto, con las prisas de vestirse para no caer en falta, el teniente coronel se descuidó de pintar su bigote.

A una reunión donde se representaban charadas, se ponían acertijos y descifraban jeroglíficos, asistía un señor andaluz sumamente soso.

Nunca acertaba nada, ni presentaba problema ni juego alguno para pasar honestamente el rato.

Los contertulios se fijaron en su ineptitud, y queriendo reírse de él, le obligaron, quieras que no, á poner un jeroglífico.

Tanto le rogaron que tomó pluma y papel, se fué á la mesa y puso el siguiente jeroglífico:



Todos dieron mil vueltas al papel, pero ninguno dió con la solución y tuvieron que darse por vencidos.

—Pue, me paese que la cosa é bien fásil; un monte, un ojo y un deo; pue la solución é... Monte—vi—deo.

Lo echaron de la tertulia.

Llegó á Toledo un inglés muy alto y muy grueso á visitar las bellezas artísticas que encierra la imperial ciudad.

Iba hacia la fábrica de armas acompañado de un cicerone. Un empleado de consumos preguntó en alta voz á dicho acompañante:

—¿Ande vas?

—A acompañar á este alifante á la frábica, contestó el cicerone señalando al extranjero.

Pero el extranjero comprendió el insulto y propinó al desvergonzado una soberana tunda.

Cuando, pasado algún tiempo, el cicerone hablaba de este asunto decía:

—Yo estaba inorante de que alifante es lo mismo en inglés que en castellano.



Un muchacho se examinaba de Geografía y no contestaba bien á ninguna de las preguntas hechas por el tribunal.

—¿Dónde está Aragón?

(Silencio).

—¿En qué punto desemboca el Ebro?

(Silencio).

—Pero, hombre, por el amor de Dios, diga usted, si quiera, ¿en qué punto del globo vive usted?

—Rambla de Santa Mónica, doscientos veinticuatro, tercero, izquierda, contestó el examinando.

Tres cesantes indigentes se encuentran con una colilla de puro:

—Yo la he visto primero.



—Yo la he cogido del suelo.

—Yo dí el aviso.

Los tres tienen opción al hallazgo. Partirla sería un crimen.

Conviene, por último, en adjudicarla al más desgraciado de los tres, después que se oigan las desventuras de cada uno.

—Pues sepan ustedes, dice el primero, que hace más de dos años me alimento tan sólo de lo que encuentro por la calle; cáscaras de melón y naranja, trozos de cebolla y algún mendrugo de pan. No llevo camisa, mis zapatos no tienen suela y duermo á la intemperie.

—Al fin y al cabo usted está solo. Yo tengo familia. He visto morir de hambre á un hijo mío; dormimos en el suelo sobre un trozo de estera recogido entre unos escombros, y hoy nos echan del sótano en que habitamos por no tener dos reales que me cuesta de alquiler al mes.

—Mía es la colilla, dijo el tercero. Figúrense cuál será mi situación que, en este mundo, no tengo más amparo que á ustedes dos.

MELITÓN GONZÁLEZ.



Los ingleses conservan como una preciosa reliquia la primera locomotora de camino de hierro, construída en 1817 por Edward Pease, en cuyo taller trabajaba Jorge Stephenson. A dicha locomotora se le dió el nombre de *Locomotion*.

Este primitivo aparato estuvo expuesto con mucha solemnidad, con ocasión del jubileo de Darlington el día 27 de Septiembre de 1875.

No es por simple curiosidad sino por un sentimiento por cierto muy distinto que nos trasladamos á aquella época, tan cercana de la actual, en la que el genio industrial luchaba con energía para llevar á cabo esta revolución, calificada entonces de locura, ó sea colocar entre las varas de un vehículo, donde se coloca el caballo, una caldera en ebullición. Al empezar Pease no se proponía, ni mucho menos, hacer competencia á las sillas de posta; se limitaba á alcanzar una notable economía en el transporte del carbón á orillas del Tus por un procedimiento de su invención. Sus ensayos fueron recibidos no sólo con la más viva oposición sino que se trató de matarlos por medio del ridículo. Se calificó la invención de absurda y al inventor de idiota, suscitándole toda clase de dificultades. El duque de Cleveland se opuso á que el camino que debía recorrer *Locomotion* se acercara mucho á sus tierras destinadas á la caza, y terminada la línea se pasaron cuatro años antes que se concediera el permiso para explotarla. Por fin, el 27 de Septiembre de 1825, el camino de hierro de Stokton á Darlington se abrió al servicio público en presencia de gran número de curiosos que no sabían si aplaudir ó silbar.

En España, en 1827, se presentó un proyecto de ferrocarril que debió unir Madrid á Aranjuez: el rey Fernando VII, que pecaba de escéptico y malicioso, negó el permiso, fundándose en que si el ensayo daba buenos resultados y se construían líneas para poner en fácil comunicación los extremos de la península con el centro, Madrid se haría inhabitable, porque todos los españoles acudirían á solicitar empleos.

* * *

Empezaba Agosto y el día era uno de los más calurosos del año. El sol hacía sentir sus ardientes rayos en aquella tierra arenisca. El rey iba montado y vestía un traje corto y estrecho de terciopelo que llamaban jaïque, lo que le daba mucho calor. Cubría su cabeza una caperuza de terciopelo encarnado guarnecida con una sarta de gruesas perlas que la reina le había dado antes de salir. Detrás de él había dos pajes á caballo, uno de ellos llevaba un ligero y bruñido casco de acero de los que se fabricaban entonces en Montauban; el otro llevaba una lanza, cuyo hierro era un regalo que había hecho al rey el caballero de la Rivière, que lo había traído de Tolosa, en cuya ciudad era donde mejor se fabricaban.

A fin de no incomodar al rey con el polvo y el calor, dejábanle marchar casi solo. El duque de Borgoña y el de Berry se hallaban á la izquierda, algunos pasos más adelante, hablando entre sí. El duque de Orleans, el de Borbón, el caballero Coucy y algunos otros personajes se hallaban también más avanzados formando un grupo aparte. Detrás del monarca los señores de Navarra, de Albret, de Bar, de Artois y muchos otros formaban un gran cortejo.

Marchaban por el orden indicado, y acababan de entrar en el gran bosque de Mans, cuando de repente salió de detrás de un árbol de la orilla del camino, un hombre de grande estatura con la cabeza y los pies desnudos, vestido con una mala chamarreta blanca. Adelantóse y tomando por las riendas el caballo del rey:

—¡No sigáis adelante, noble rey! exclamó con voz terrible; ¡volved atrás, pues os acecha la traición!

Los guerreros acudieron en seguida, y golpeando con el palo de sus lanzas las manos de aquel hombre, obligáronle á soltar las riendas. Como tenía el aspecto de un loco, dejáronle marchar sin informarse de nada, y siguió al monarca cerca de media hora repitiendo, desde lejos, las mismas palabras.

Esta repentina aparición dejó muy confuso al rey. Su cabeza, que era muy débil, quedó trastornada; pero á pesar de todo continuaron el camino. Pasado el bosque, encontráronse en una gran llanura arenosa, en donde los rayos del sol eran todavía más vivos y ardientes. Uno de los pajes del rey, rendido por el calor, dormitaba, y la lanza que empuñaba cayó sobre el casco é hizo retemblar bruscamente el acero. Entonces el rey se estremeció, y levantándose sobre sus estribos echó mano á su espada, espoleó su caballo y adelantóse gritando:

—¡Corramos contra esos traidores! ¡quieren entre-garme á mis enemigos!

Al oír esto apartáronse á toda prisa los que le rodeaban; pero no pudieron por esto librarse de recibir algunas heridas. Hay quien asegura que algunos, entre otros un tal Polignac, fueron muertos por el rey. El duque de Orleans, que era uno de los que se hallaban cerca del monarca, vióle venir contra él espada en mano y dispuesto á herirle; entonces el duque de Borgoña, que acudió precipitadamente, le gritó:

—¡Huid, querido sobrino, monseñor quiere mataros! ¡Ah! ¡Qué desgracia! ¡Monseñor está delirante! ¡Dios mío, procuremos sujetarle!

Se presentaba, sin embargo, tan furioso, que nadie se atrevía ante el peligro que amenazaba. Dejáronle correr de una parte á otra y fatigarse persiguiendo á uno y otro de los acompañantes. Por fin, cuando estuvo rendido por el cansancio y bañado en sudor, el chambelán, monseñor Guillermo Martel, acercándosele por la espalda, le abrazó.

Rodeáronle entonces todos, quitáronle la espada, apeáronle del caballo y recostáronle en el suelo, desabrochando su jaique. Su hermano y sus tíos se le acercaron; él con los ojos inmóviles no conocía á nadie y no pronunciaba una palabra.

—Es indispensable regresar á Mans, dijeron los duques de Berry y de Borgoña; ved ahí el viaje en Bretaña terminado.

Encontraron por el camino una carreta tirada por bueyes, colocaron en ella al monarca de Francia, atándole al propio tiempo por temor de que le repitiese el delirio, y condujéronle sin movimiento y sin palabra á la ciudad.

* *

Un bendito escribió la siguiente carta á un amigo suyo:

«Mi querido C...; me he dejado olvidada la petaca de plata en tu casa; ten la bondad de mandármela por el dador de la presente.»

Al ir á cerrar la carta encuentra la petaca, y añade:

«Postdata: Acabo de hallar la petaca; no te molestes en buscarla. Adiós.»

¡Y cierra el billete y le envía á su amigo!!!

* *

Tómese la nata ó la espuma de la leche (que no tenga crema ó manteca) y disuélvase en una disolución fría, concentrada de bórax.

Este mucílago se conserva bien, y en cuanto á su poder adherente, es superior al mucílago de goma arábiga.

* *

Las acciones son mucho más sinceras que las palabras.
—SCUDERI.

* *

Los hombres dan impulso á los negocios, y éstos arrastran á los hombres.—LÉVIS.

* *

Quod volumus, facile credimus. El hombre cree con facilidad lo que teme ó lo que desea.—BACON.

* *

La arrogancia es no pocas veces el disfraz de la bajeza.—***



Solución á la combinación anterior

ELISA
TERESA
ELVIRA
CLOTILDE
FLORA
ROSA
DOLORES
PILAR

CHARADA.

Seis sílabas hay, lector,
en mi excéntrico *total*,
y es un refugio oriental
para el viento y el calor.

Una dos, labrada está
en materia blanca y fina
de *uno cinco dos*, divina
si el arte vida le da.

Cuatro seis cierra papeles,
puertas, cartas y otros trastos,
no sin que ocasione gastos
entre cristianos infieles.

Si *seis dos*, pobre mujer,
¿quién tendrá el alma *cuatro uno*,
siendo un redomado tuno,
dejándola padecer?

Los dioses ya *cuatro tres*;
uno seis pisa el distraído
y *una tres* hacen sin ruido
los que siembran... al revés.

Lector, si al Oriente vas,
en el *todo* te cobijas,
y allí entre mil sabandijas
sombra y descanso hallarás.

Comunicada por la señorita M. DE C.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

1 2 3 4 5 6 7 8	Nombre de hombre.
2 7 5 8 7 6 8	Idem.
1 2 7 8 4 2	Calle de Barcelona.
4 8 1 6 2	Nombre de mujer.
4 8 1 2	Mueble de lujo.
5 6 8	Pariente.
2 4	Naípe.
1	Consonante.

Comunicado por M. BRUJO, de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

————— BARCELONA —————

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á dcmlillo á tomar medida

NUEVO
DICCIONARIO DE QUÍMICA
POR EMILIO BOUANT

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

GRAN CERERIA



colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteéricos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princesa, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

ESPECIALIDAD en cirios, blandones, hechas, candelas y todo lo concerniente al ramo de cerería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el CULTO CATOLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARILLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS esteéricas y transparentes, blancas y en todas dimensiones.

LA TIERRA SANTA

POR
D. VÍCTOR GEBHARDT

Esta obra se reparte por cuadernos al precio de una peseta.



Limpiaos la Sangre con la Zarparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

Zarparrilla del Dr. Ayer

ayuda á la digestion, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendacion parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al pormenor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economía el tomar la Zarparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicinas.

Ha curado á otros, le curará á usted.

CRISTOBAL COLÓN

POR JOSÉ MARÍA ASENSIO

Edición monumental.—Se reparte por cuadernos á una peseta cada uno.

BÉNÉDICTINE



De la Abadía
de
FÉCAMP
LICOR
EXQUISITO et DIGESTIVO
SIN RIVAL

DEPOSITO: BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

— DE —

— BARCELONA —

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.